

pudiera ponerse al ejército al margen de la política y evitar todo atentado contra el poder civil. Pero por desgracia, lo que pasó en Bolivia con el ejército instruido por militares alemanes, que se prestaron a derribar al gobierno del Presidente Gutiérrez y a entronizar la dictadura del coronel Saavedra, y lo que acaba de pasar en Chile, nos dicen que estábamos engañados. En la fuerza misma del ejército reside el mal. Pero por otra parte, no es menos evidente que una soldadesca desorganizada es presa fácil del primer ambicioso sin escrúpulos que quiera servirse de ella. El problema es, pues, complejo y de difícil solución. Sólo por una permanente propaganda de civismo, de amor patrio, de adhesión a las instituciones y a los principios democráticos, podremos evitar el retorno de estas aventuras, que de repetirse, nos llevarían a la ruina definitiva.

Esperemos que el gobierno sabrá aprovechar la lección que acaba de recibir. Esperemos que pasada la primera impresión de pánico, no volverán los elementos oficiales a la política frívola y torpe que ha divorciado al régimen con la opinión pública. ¡Cuántas gentes hay que en el fondo lamentan hoy que el incalificable golpe proyectado para el sábado, no hubiera tenido éxito! «Cualquier cosa es mejor que lo que hoy tenemos», dicen quienes así piensan. No tienen razón en verdad. Por el contrario: Cualquier cosa es preferible a un golpe de cuartel. Cualquier régimen es mejor que el que surja de la imposición de las bayonetas. Pero precisamente los hombres del gobierno están obligados a impedir que en el alma popular pueda calar este criterio funesto, a cuya sombra son posibles todas las tentativas contra la paz y contra el progreso de la nación. Y esto no puede lograrse sino llevando a la administración pública prácticas diametralmente distintas a las que hoy presenciemos; procediendo con verdadera eficiencia, con el deseo sincero y con la resolución inquebrantable de hacer el bien; buscando para todos los problemas la solución adecuada y patriótica, y no el recurso sectario o la línea de la menor resistencia, impuesta por la desidia y la falta de estudio.

Con un gobierno verdaderamente nacional, que haya sabido rodearse del aprecio ciudadano, tentativas como la que comentamos no podrían siquiera iniciarse. Los oficiales sediciosos, contaron sin duda con el hondo descontento, con el profundo malestar que reinan hoy en el país; confiaron ellos en que el pueblo vería si no con entusiasmo, con indiferencia al menos su acceso al poder y que ni una voz ni una mano se levantarían para defender al general Ospina. Estamos ciertos de que se equivocaban y que la Nación, olvidando los errores y las faltas del actual Presidente, se habría puesto sin vacilar al lado de quien representa la legalidad, y habría aplastado a los que atentaban contra la majestad de la República. Pero quién nos dice que mañana, una nueva intentona, no encuentre un ambiente más propicio, que el país, desengañado y fatigado no deje obrar a los amigos de las dictaduras. Esa terrible eventualidad es la que hay que evitar a todo trance.

Creemos interpretar el sentimiento general, al consignar en este diario, que ha tenido siempre una palabra de censura ante los levantamientos de carácter militar y ante los regímenes dictatoriales de cualquier parte del mundo una enérgica protesta contra

la maquinación sombría que se fraguó en los cuarteles, y con la cual se quiso arrojar sobre nuestra limpia historia de pueblo libre, una mancha indeleble.

(El Tiempo, Bogotá).

Carta a propósito de una lista de cien libros⁽¹⁾

Juncal 2170, Dpto. 16.
Buenos Aires, Abril 10-1925.

Señor don Pedro Henríquez Ureña.

La Plata

Muy señor mío:

Deseo trasmita Ud. a *La Corte del Salón Oscuro* algunas observaciones sobre los descomedidos y descorteses reparos que se hacen a una lista de los «Cien mejores libros (nótese bien la finalidad de la selección) para conocer la historia de la humanidad». La lista en cuestión no pretende que estos libros sean, en estilo americano, los mejores del mundo, si no los más adecuados para la educación del carácter y de la voluntad a través de las vicisitudes porque ha atravesado el género humano. Dicha lista fué ideada en 1901, y cuando su autor frisaba recién los 22 años de edad, y ha sido modificada por éste de acuerdo con los conocimientos noveles que le ha aportado el estudio y el conocimiento de la vida. Desde luego, no fué ella hecha en grupos de amigos, ni en la corte de ningún salón obscuro, ni por sugerencias de un filósofo-poeta completamente ajeno a nuestra idiosincrasia racial, si no a la luz meridiana de un hermoso día de noble inspiración.

Considero y siempre lo he hecho, que las letras son un elevado sacerdocio y que deben ser cultivadas sin apresuramiento y sin descanso tal como trataban su respectivo arte los obreros del Renacimiento, cuyo genio manifiesta su perspicacia, pero no su técnica incomparable.

Las letras han de interpretar siempre la humana naturaleza en sus relaciones con sus manifestaciones internas y externas, y es mejor que el artista se aleje de todo aquello que pueda restarle lo que hay de hermoso y vigoroso en él. Puede repetirse de los individuos lo que se ha dicho de los pueblos sin imaginación: no avanzan en la senda del progreso.

Me he atenido al factor moral en mi lista porque he creído desde mi primera mocedad de que un hombre puede ansiar, influir, sobre sus conciudadanos y no acertar a hacerlo por carecer de condiciones de carácter y voluntad. Ese Cristo, maestro muy otro que sus remedadores modernos, y hacia quien se muestran tan despectivos los concurrentes al obscuro salón del rey, me enseñó, enhorabuena, que, para lograr poder volitivo sobre los demás y sobre sí mismo, es menester acrecer la intensidad de la conciencia y el señorío sobre nosotros mismos; purificarnos y someternos a la ley espiritual. Y si el hombre se ajustara a estos requerimientos, conse-

(1) Véanse los números 17 y 1 del REPERTORIO AMERICANO, tomos 8 y 10 respectivamente.